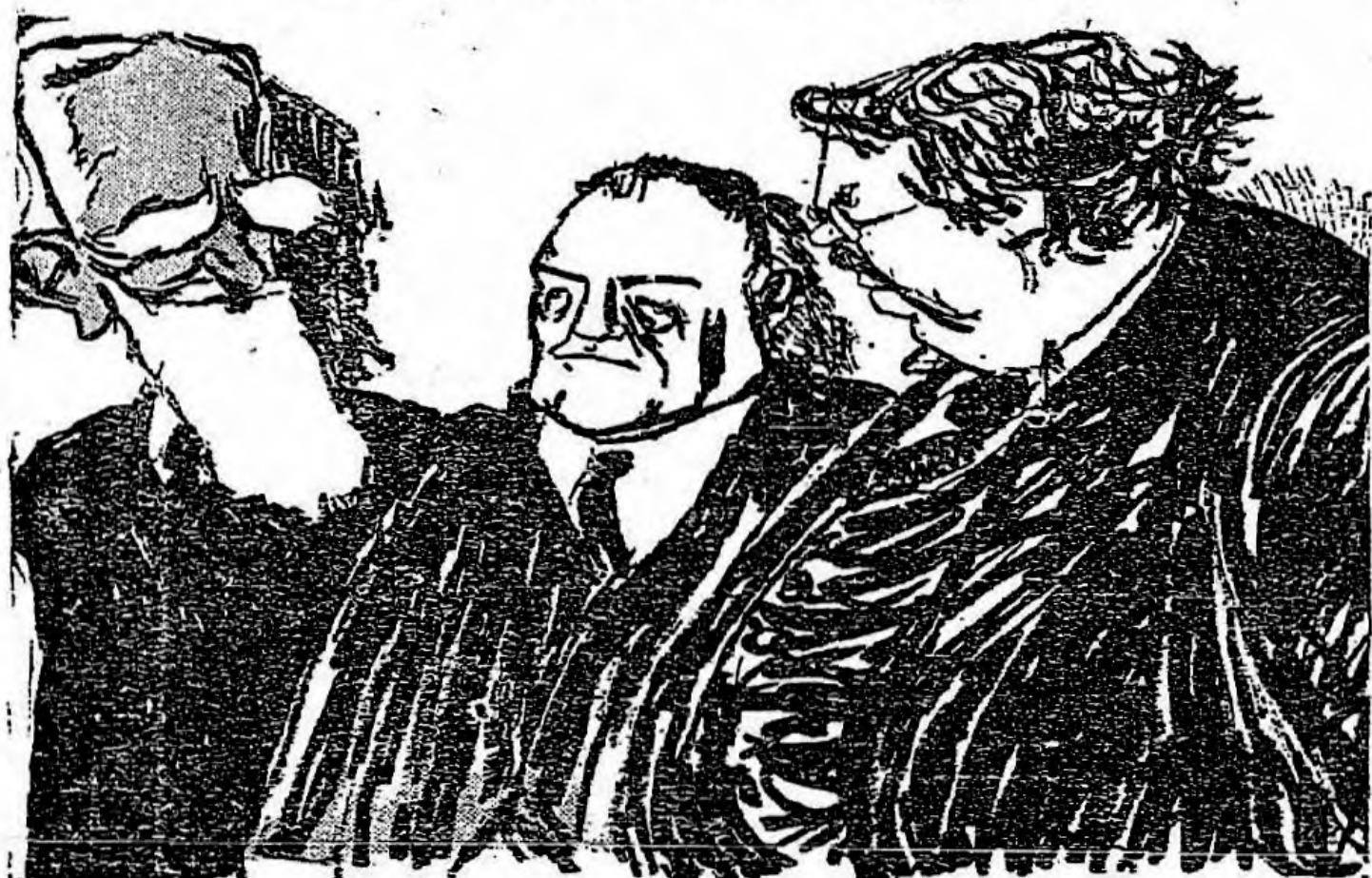


EL OLVIDADO BUNIN

● El telégrafo ha difundido la noticia de la muerte de Ivan Bunin (nacido en 1870). Su obra, que mereció en 1933 el Premio Nobel de Literatura, yace ahora en un olvido bastante tenaz. El, que fuera proclamado el mejor novelista ruso (blanco) de este siglo, es apenas un nombre para muchos lectores de hoy. De su vasta obra, se recuerda casi siempre *El caballero de San Francisco*, que tradujo Ida Gorodezki en 1946 (Buenos Aires, Emecé Editores, 56 pp.). El tema de este cuento puede resumirse así: Un millonario norteamericano va a Nápoles, y luego a Capri, para gozar de unas merecidas vacaciones. Muere en Capri y su muerte altera la felicidad prefabricada del hotel para turistas de lujo. No es la anécdota —bastante escasa, como puede verse— lo que ha vuelto famoso este cuento. Es el tratamiento que el tema ha sufrido en manos de Bunin. La acción que cumple el millonario (ejemplarmente clausurada con su muerte) sirve al autor de pretexto para mostrar su visión amarga del mundo. Un cierto tono alegórico —todo parece apuntar a un oculto significado trascendente— acentúa más el carácter siniestro de esta visión. Refiriéndose a este cuento ha escrito el propio Bunin: "Algunos críticos me consideran como un escritor cruel y sombrío. Claro que encontré más amargura que miel en mis peregrinajes por el mundo y en mis observaciones sobre la vida humana. 'Dolor a ti, Babel, ciudad fuerte'. Estas espantosas palabras sonaban en mi alma cuando escribí *El caballero de San Francisco*. Antes de la gran guerra. Un presentimiento de los horrores y fracasos ocultos en nuestra cultura". Tales palabras implican, es claro, un doble epitafio.

HILAIRE BELLOC

Por Adolfo Silva Delgado



G. B. S. y el CHESTERBELLOC

(Continuación)

III. — POLEMISTA

La polémica fué para Belloc su clima habitual. Poseía el temperamento adecuado a tal especie de actividad mental y las cualidades sobresalientes como para que el continuo ejercicio dialéctico constituyera, para él, una fuente de placer. Tenía, antes que nada, un sistema orgánico de ideas religiosas y filosóficas, como médula de todas sus opiniones. De esas ideas sustanciales, extraído, con lógica irreproachable, las aplicaciones particulares y concretas a todos los problemas del mundo y de la vida. Fué afirmativo y tajante en sus discusiones, porque nada estaba más alejado de su estructura espiritual, que el escepticismo, la duda o el relativismo. Y además fué implacable en el razonamiento. Con toda la reciedumbre de un experto escolástico.

Llegó muy pronto a la conclusión de que sus ideas eran completamente extrañas a la mayoría de su país en casi todos los aspectos. Un católico ardiente, no podía coincidir con el predominio protestante en su patria; un tradicionalista convencido no podía tolerar la ruptura que la historia inglesa significaba la Reforma, abismo profundo que separa en dos la evolución de un pueblo; revolucionario y reformador en materia política, social y económica, no podía permanecer indiferente ante los postulados de la era victoriana que reñan inamovibles a su alrededor.

Y por tales causas se lanzó, enjotescamente, a quebrar

lanzas, sintiéndose minoría absoluta, un hombre solo erguido contra el mundo que lo rodeaba.

Es cierto que su soledad no fué prolongada, porque antes que él, otros habían sentido la misma nostalgia del retorno a la unidad religiosa e histórica, principalmente Newman y el "Movimiento de Oxford". Pero ello no quita que haya correspondido a Belloc ocupar el lugar dejado vacío por Newman, con todas las dramáticas responsabilidades que ese honor le confería.

Desde entonces, la polémica fué su pan cotidiano, pero también, el pan de cada uno de aquellos que esperaban, aislados y desconocidos, pero llenos de indestructible esperanza, al que hablara en nombre de todos.

La obra y la vida de Belloc están transidas de ese ímpetu polémico que fué uno de los resortes vitales de su espíritu; cada uno de sus libros representa, de algún modo, un capítulo más o menos belicoso de un vasto y tremendo alegato en defensa de un sistema ideológico, tradicional y católico, al que servía con disciplina férrea e inagotable energía.

La discusión, el intercambio apasionado de ideas, eran, por otra parte, la atmósfera habitual en un círculo en el cual figuraban gentes tan poco pacíficas como Shaw, Wells, Chesterton y Belloc, o mágicos conversadores como Maurice Baring. Justamente después de haber escuchado a Baring hablar de la Rusia de los Zares, en pleno bombardeo de Londres ("hablaba de tal manera que impedía hasta las in-

CRONICA DE LIBROS

EL PRIMER MORAVIA

ALBERTO MORAVIA: *LOS INDIFFERENTES* (Gli Indifferenti, Traducción de R. Coll Robert, 336 pp.); *LA MASCARADA* (La mascherata, Traducción de Domingo Pruna, 206 pp.); *EL ENGAÑO* (L'imbroglio, Traducción de R. Coll Robert, 328 pp.); *LOS SUEÑOS DEL HARAGAN* (I sogni del pigro, Traducción de Domingo Pruna, 244 pp.), Barcelona, Janés Editor, 1952/53.

La publicación de *La Romana*, seguida de *Agostino*, *La desobediencia*, *El amor conyugal* y *El conformista*, pusieron a Alberto Moravia al alcance de la gran minoría lectora que devora novelas y busca siempre nuevos mundos de ficción (cuanto más sazonados de violencia y sexo, mejor). Moravia ofrecía en esas novelas algunos casos sexuales típicos: la vida de una dichosa prostituta, las primeras experiencias sexuales de dos adolescentes, las tribulaciones del adulterio, el trayecto de un joven, débil y fácil, por un mundo corrompido política y sexualmente. Esos libros han convertido a Moravia en un especialista del sexo y en un best-seller. Cada año, su candidatura al Premio Nobel parece tomar más cuerpo; la Academia sueca acabará por rendirse. Por su parte, la Iglesia, con cierto disculpable retraso, le dió el último espaldarazo al incorporarlo al Index agregando un estremecimiento más de pecado a su lectura.

Una minoría más selecta todavía había descubierto a Moravia mucho antes de esta postguerra; en realidad lo había descubierto desde que publicó en 1929 (y a los veintidós años de su edad) su primera novela, *Los indiferentes*. Ahora que la fama de Moravia cubre el mundo occidental un editor español (que en 1945 había traducido una de sus primeras obras, *Las ambiciones defraudadas*, 1935) parece haberse resuelto a divulgar la verdadera faz del primer Moravia, el rostro con el que salió al mundo, y ha publicado para eso y en rápida sucesión, cuatro de sus primeros títulos.

El más revelador es, sin duda, *Los indiferentes*. El joven Moravia, muestra allí, a la zaga de los novelistas negros de Francia y anticipando muchas cosas de Sartre (incluida la náusea) el mundo de la burguesía italiana en la primera postguerra; un mundo totalmente corrompido, cuyos valores han entrado en crisis. A los indiferentes de su novela (un hermano y una hermana, que se entregan separadamente a formas toleradas de la prostitución), Moravia opone los representantes de la vieja generación: corrompidos y corruptores, pero empeñosos en su afán de ocultar la miseria y en vestir su decadencia y su crapulería de algún oropel romántico. La novela está escrita con odio y con crudo acento; pero

está escrita (también) con ese regodeo por lo filopornográfico que tantos lectores de Moravia han empezado a reconocer (y buscar) como su marca de fábrica. El sadismo de ciertas descripciones eróticas, la mezcla de lujuria y de descomposición que ofrece este libro, constituyen los caracteres más visibles de una obra que pudo haberse escrito también como una denuncia —acre, inconformista— de una corrupción que el régimen fascista fomentaba.

Más franco en su denuncia política es *La mascarada*. Para poder disimular el libro ante los ojos de la censura, Moravia lo disfrazó de caricatura suramericana, ubicando la acción en alguna república de este continente. Pero ni la localización geográfica ni los nombres bufonescamente hispánicos podían disimular demasiado los perfiles del régimen de Mussolini y ¿a quién mejor que a él le podía caer esta burla pesada de un dictador enamorado y brutal? El gobierno advirtió tarde la naturaleza panfletaria del libro y lo mandó retirar. Entre tanto, Moravia había conseguido que muchos lectores leyeran su obra, festejaran su grotesco y trazaran los correspondientes paralelos. No abandonó aquí tampoco Moravia el planteo erótico, pero en *La mascarada* casi siempre aparece al servicio de la denuncia política y no social. Otra circunstancia, ésta más honda, determina una diferencia entre ambos libros: el estilo se ha simplificado enormemente. Moravia abandonó las digresiones morales que hacen de tanta página de sus primeras novelas, un penoso ejercicio; buscó decir más directamente y mostrar, en acción, en un diálogo ágil, lo que ocurre dentro de sus personajes. En este sentido, *La mascarada* marca una transición entre el estilo prolijo y algo plúmbeo de *Las ambiciones defraudadas* y el más objetivo de sus relatos recientes.

El Moravia que ofrecen estos volúmenes (incluidos los otros dos, con relatos naturalistas o divagaciones pretextadas por temas literarios) tal vez no valga lo que el escritor maduro de sus últimas obras; pero es un escritor que parece más fundamentalmente honesto, más sincero, menos preocupado de ser un best-seller. Hasta la misma insistencia con que presenta sus puntos de vista y cierta evidente amargura de sus enfoques parecen obedecer más a una convicción que a una moda. Incluso la obsesión erótica (presente en casi todo lo que ha escrito) parece adquirir un tono de censura que no está presente por cierto en sus últimos libros.

Es indudable que Moravia ha progresado como escritor, desde sus años de *Los indiferentes*; lo que parece discutible es que ese progreso haya implicado, también, un progreso del hombre. Un progreso hacia adentro. — E. R. M.



LIBRERIA DE SALAMANCA

SE COMPLACE EN ANUNCIAR LAS ÚLTIMAS NOVEDADES DE EDITORIAL LOSADA

MIGUEL de UNAMUNO - *Cancionero* (Diario Poético) \$ 12.00
Escrito en sus nueve últimos años, este libro extraordinario refleja sus más íntimas preocupaciones humanas, religiosas, filosóficas... (primera edición completa)

Juana de Ibarbourn - *AZOR* \$ 2.80
Ugo Betti - *TEATRO* " 5.20
con las siguientes obras:
Marido y Mujer - Delito en la Isla de las cabras - Lucha hasta el alba - Corrupción en el Palacio de Justicia.
Gabriel Miró - *Niño y Grande* (Bib. Cont. 249) " 1.40
Pablo Neruda - *20 POEMAS* de amor y una canción desesperada (En nueva edición) " 3.00

JUEVES 19 — HORA 19

En el Salón de LIBRERIA DE SALAMANCA CONFERENCIA DE

JOSE BERGAMIN

sobre el tema:

"LOS ÚLTIMOS VERSOS DE UNAMUNO"

Juan C. Gómez 1418

Teléf.: 9 27 49

terrupciones de Belloc, tanto más las de unas simples bombas", aclara Chesterton) ocurrió la anécdota relatada por el coronel Repington en sus memorias, y que nos muestra a Chesterton y Belloc, enfrascados en interminable discusión, que sólo tuvo punto final en Buckingham Gate cuando escucharon la señal de "todo tranquilo": habían caminado distraídamente sin advertir la alarma aérea, ni siquiera las bombas alemanas.

En el volumen "¿Estamos de acuerdo?" se reproduce el célebre debate Shaw contra Chesterton, celebrado en 1911 y repetido años más tarde en términos similares, en el cual actuó Belloc como árbitro. Las condiciones fueron impuestas por G. B. S.: "hablaremos los tres de todo lo que se presente, y posiblemente no alcanzaremos la sección socialista". Estos debates públicos eran experiencias originalísimas, porque en realidad, los adversarios no sabían exactamente el tema concreto a discutirse, y en caso de saberlo e preverlo, no sospechaban siquiera hacia dónde se encaminaría en su desarrollo, llevado por las réplicas que constituían la base (Pasa a la Pág. siguiente)